

“Me inquietó el silencio de las mujeres”:

Carmen Cecilia Suárez

Hace más de treinta años, Carmen Cecilia Suárez escribió uno de los primeros libros de literatura erótica en Colombia. Hoy, a sus 78 años, esta escritora colombiana, también fundadora de la editorial La Serpiente Emplumada, reflexiona sobre su trayectoria y la experiencia de escribir en la vejez.



Texto y fotos:

Paula Alejandra Ricaurte

pa_ricaurtee@javeriana.edu.co

paulaalejandreric@gmail.com

La primera versión de este artículo fue publicada en Directo Bogotá, revista No 85 - septiembre de 2024, editada por la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana. Revista escrita por los estudiantes de carrera de Comunicación Social.

REDCCAL
RED DE CONSTITUCIONALISMO CRÍTICO DE AMÉRICA LATINA



Carmen
Cecilia en
la cama con
gato

Sentada sobre la cama de una habitación colonial llena de libros, muebles antiguos, muñecas, sombreros de colores y un antiguo teléfono de cable, Carmen Cecilia Suárez recuerda el momento en que escribió su primer libro, *Un vestido rojo para bailar boleros*, con el que incursionó, en 1988, como una de las primeras escritoras de literatura erótica en el país.

“Me inquietó el silencio de las mujeres. En esa época ellas no se expresaban y menos sobre temas sexuales. Tenían una relación de dependencia y dominancia con los hombres que me asombraba mucho. Por eso decidí escribir este libro”, afirma mientras acaricia suavemente a su gato llamado George.

Era la década de los ochenta y Carmen Cecilia acababa de regresar de Estados Unidos, país en el que vivió muchos años y en el que cursó sus estudios en artes liberales, sicología y educación. Buscando un espacio propio alterno a su vida de casada y con un hijo, tomó la decisión de alquilar un pequeño apartamento en el norte de la

ciudad, donde comenzó a escribir su libro, el cual luego terminó en la Casa Azul del barrio La Candelaria (Bogotá). La obra fue publicada por la Editorial Pijao y presentada al público el 29 de abril de 1988, durante la primera Feria del Libro de Bogotá.

“Cuando el libro se dio a conocer en la Feria, había una cola larguísima de gente ansiosa por comprarlo. Pensé que eso era siempre así, pero resultó ser el más vendido de esa feria. Dio muchas vueltas: primero lo leyeron las mujeres, porque a los hombres los escandalizaba un poco la idea de un libro erótico escrito por una mujer, y más adelante ellas mismas comenzaron a regalárselo a sus novios, amantes, hermanos y maridos. Todo fue mágico”, recuerda con tono nostálgico.

Hoy, a sus 78 años, esta mujer de sonrisa larga, ojos color avellana, cabello blanco y un extravagante mechón azul, se enorgullece al hablar de cómo logró consolidarse como una de las primeras escritoras de literatura en un país para el que “las mujeres debían estar relegadas al trabajo del hogar”.

Detrás de su obra hay un estilo al que ella define como “existencialista, cotidiano e interpersonal”, inspirado en autores como Virginia Woolf, Marguerite Duras, Marguerite Yourcenar, Agatha Christie, Marcela Serrano y Marcel Proust. Sus escritos la han llevado a participar en las ferias literarias de ciudades como Guadalajara y Fráncfort, y a ser incluida en el *Diccionario universal de creadoras*, el cual cuenta con el patrocinio de las Naciones Unidas. Pero, sin duda, más allá de estos reconocimientos, uno de los mayores logros de su obra recae en el impacto que esta ha tenido en las relaciones interpersonales: “Tengo una amiga psicóloga que durante su terapia les lee un cuento a las parejas para que estas lo discutan de regreso a casa. Incluso, la Sociedad de Sexología me invitó a uno de sus seminarios, por lo que el libro ha impactado en el amor y en la vida cotidiana de las parejas en Colombia”, afirma orgullosa.



Comedor de la casa colonial en la que vive Carmen Cecilia

Nació en Cartagena, en el seno de una familia de clase media alta. Su padre, Rafael Suárez Guzmán, era un ingeniero bogotano que trabajó la mayor parte de su vida en el Banco Interamericano de Desarrollo. De él heredó el amor por la literatura, pues tenía una biblioteca enorme en la que de pequeña descubrió algunos de sus cuentos favoritos, como *El corsario verde* y *El corsario negro*, de Emilio Salgari. Su madre, Matilde Mantilla González, era santandereana. De ella heredó el gusto por la decoración y la buena cocina. También tuvo una tía de quien heredó la pasión por lo esotérico.

“Mi tía solía leernos la taza de chocolate. Primero echaba las migajas de pan en la taza, luego las extraía y quedaban unas marcas, las cuales, según ella, nos mostraban el destino. Creo que por eso siempre me ha interesado la astrología. Incluso tengo un libro titulado *De brujas, astros y fantasmas* en el que incluyo cuentos que

tienen que ver con estos temas”, relata con una risa suave.

Quizás por eso, hoy en día Carmen Cecilia suele reunirse con sus amigas a leer el *I Ching*, un libro oracular chino al que consultan aspectos de la vida diaria. El ritual comienza con la lectura del prólogo del libro y continúa con las preguntas que cada una de las participantes tiene que hacer sobre su destino. La forma en que se lee es más o menos así: quien hace la pregunta debe cerrar los ojos, extender sus manos y sentir cómo poco a poco la energía entra por las yemas de sus dedos; una vez se siente lista, escoge una página del libro al azar, la cual le arroja una respuesta.

“Mi forma de leer *el I Ching* es más fácil. Normalmente se hace con unas monedas, pero eso es muy demorado. Así es como suelo hacerlo con mis amigas y, la verdad, nos ha funcionado”, señala con el libro en sus manos.

Carmen Cecilia vivió la mayor parte de su adolescencia y juventud en Estados Unidos, pues a los doce años su padre tuvo que trasladarse a ese país por motivos de trabajo. Era la década de los sesenta e, inevitablemente, el *hippismo*, las protestas contra la guerra de Vietnam y el estilo *twiggy* —impulsado por la modelo Leslie Lawson— marcaron su forma de pensar y de ver el mundo.

“Estar en la calle con todos esos estudiantes presionando al gobierno para que hiciera la paz en Vietnam marcó mucho mi pensamiento crítico. Además, fui a un *college* de artes liberales en el que estudié filosofía, sociología y literatura, lo cual también marcó mi tendencia a las humanidades”, relata.

Una década más tarde, ya con una maestría en sicología educativa, estudiando un doctorado en educación, marido y un hijo, su vida dio un giro inesperado: era una mañana de 1979 y los estudiantes, en una universidad en Estados Unidos, protestaban contra el régimen del *sha* de Irán; Carmen Cecilia había salido a dar un paseo

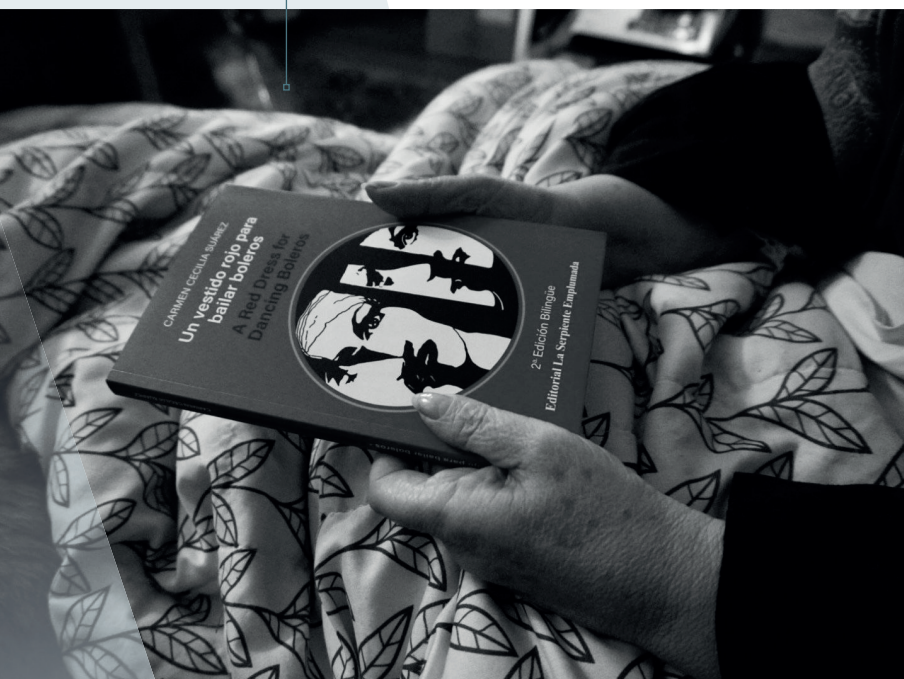
por la plazoleta en la que se había la protesta cuando, de repente, dos policías la arrestaron, pues pensaron que ella estaba participando.

“Lo curioso es que días antes me habían leído el *I Ching* y en este me había salido que ‘el extranjero, en tierras extrañas, obra imprudentemente entre extranjeros’. Y justo ese día estaba entre persas y estadounidenses. Luego de estar largas horas en la cárcel, unos estudiantes latinos hicieron colecta para sacarme.

Este suceso la motivó a dejar Estados Unidos. Ya en Colombia, Carmen Cecilia tomó la decisión de escribir por primera vez para publicar. Fue así como vio la luz su libro *Un vestido rojo para bailar boleros* (1988-2024), al cual le siguieron *El séptimo ciclo* (1992), *Cuento de amor en cinco actos* (1995-2003), *La otra mitad de la vida* (2001), *Poemas del insomnio, después de vino* (2001), *Espacios secretos* (2005), *Si yo viviera un mes en el centro y otros cuentos – Antología* (2007), *Un vestido rojo y otros cuentos* (2008), *Retazos en el tiempo* (2010), *Vericuetos estéticos* (2011), *De brujas, astros y fantasmas* (2013), *Diario de viaje de una adolescente* (2013), *Poemas para leerte antes de morir* (2015), *Luz de lluvia* (2019) y *Poemas del tiempo del silencio* (2022). En 2001, fundó La Serpiente Emplumada, una editorial independiente que le ha permitido invertir en su propia obra y en la de otros escritores conocidos y nuevos:

“Gracias a la editorial he publicado mis libros como he querido, pero en este momento estoy tratando de encontrar la forma de separarme de ella para dedicar todo mi tiempo a escribir los cuentos que quiero. Que no me pase lo de García Márquez, a quien le publicaron las cosas que dejó inéditas”, afirma con risa.

Carmen Cecilia sostiene en sus manos una copia de su primer libro



“Lo único que sé es que en mi juicio final no pueden decir que no hice nada con mi vida. Porque sí hice, y mucho”.

Carmen Cecilia es una mujer poco convencional. Jamás ha usado un celular y espera morir sin hacerlo. Escribe sus libros a mano, envía cartas por correspondencia y para comunicarse utiliza un viejo teléfono de cable. Sobre su mesa de noche hay tres tarjeteros: en uno guarda los números de las personas que ocupan un espacio especial en su vida; en otro, el de algunos escritores con quienes habla de vez en cuando, y en el último, el de las personas que van a hacerle arreglos a su casa, ubicada en La Candelaria, donde vive hace más de cuarenta años.

No tiene esposo, pues se separó del único que tuvo desde hace cuatro décadas. Ama los vestidos de seda y no suele levantarse de la cama, a menos que sea para pagar un domicilio o salir a presentar los libros de su editorial. Disfruta ver series como *Yusuf* o *La promesa* y escribe con la misma intensidad de cuando tenía 30 años.

“Ahora es distinto: sigo escribiendo sobre el amor y el erotismo, pero también abordo otros temas, como la vejez, la familia y la muerte. Ya no son los mismos cuentos y poemas de hace cuatro décadas, pues a medida que pasan los años y se viven nuevas experiencias, cambia la forma en que uno escribe”, asegura con voz pausada.

Nunca les prestó atención a quienes la atacaron por escribir libros de literatura erótica, y detesta a los escritores que consideran que las emociones exacerbadas no tienen cabida en la literatura. Actualmente trabaja en un libro de cuentos inspirados en su historia familiar, en los que entrelaza eventos de la vida real con la ficción. Por eso



Teléfono de la Casa Azul de Carmen Cecilia

quiere encerrarse en su habitación y dedicar todo su tiempo y energía a este libro, el cual “está a un pelo de publicarse”.

“Cuando escribo un libro, necesito absoluta concentración. No salgo de mi cuarto, no me baño, no me visto, a duras penas desayuno. Pero eso es difícil de hacer, pues, a diferencia de escritores como Gabriel García Márquez, quien tenía a una Mercedes que le hacía todo, yo tengo muchos asuntos domésticos y editoriales que me impiden hacerlo”, explica. “Por eso a veces huyo a Villa de Leyva para concentrarme en escribir”.

Antes de hablar sobre sí misma, prefiere que sus lectores sean quienes la juzguen como escritora. Pero si por algo quiere ser recordada cuando ya no esté en este mundo, es por el espíritu inquieto que siempre la ha caracterizado.

“Lo único que sé es que en mi juicio final no pueden decir que no hice nada con mi vida. Porque sí hice, y mucho”.